

Índice

- 9 **INTRODUCCIÓN**
- 13 **TEMA 1**
LA COLONIZACIÓN FENICIA Y TARTESO
- 37 **TEMA 2**
GRIEGOS Y CARTAGINESES EN LA PENÍNSULA
IBÉRICA ANTES DE LA SEGUNDA GUERRA PÚNICA
- 65 **TEMA 3**
LOS PUEBLOS PRERROMANOS I. LOS PUEBLOS IBÉRICOS
- 91 **TEMA 4**
LOS PUEBLOS PRERROMANOS II. EL ÁREA INDOEUROPEA
- 119 **TEMA 5**
HISPANIA, ESCENARIO DE LA SEGUNDA GUERRA PÚNICA
LOS PRIMEROS ROMANOS EN HISPANIA
- 133 **TEMA 6**
EL SIGLO II A. C.: GUERRAS CELTIBÉRICAS Y LUSITANAS
- 157 **TEMA 7**
LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO I A. C.: SERTORIO, POMPEYO
Y CÉSAR EN HISPANIA
- 175 **TEMA 8**
LA GUERRA CIVIL EN HISPANIA, CÉSAR Y AUGUSTO.
HISPANIA SOMETIDA
- 193 **TEMA 9**
HISPANIA CON AUGUSTO Y LOS JULIO-CLAUDIOS
- 211 **TEMA 10**
HISPANIA EN LA ÉPOCA DE LOS
FLAVIOS, DE LOS ANTONINOS Y LOS SEVEROS

- 235 **TEMA 11**
ORGANIZACIÓN POLÍTICO-ADMINISTRATIVA Y EL GOBIERNO
DE LAS PROVINCIAS EN EL ALTO IMPERIO
- 253 **TEMA 12**
CIUDADES, CIUDADANÍA, COLONIAS Y MUNICIPIOS
- 281 **TEMA 13**
LA SOCIEDAD ROMANA EN HISPANIA REPUBLICANA Y ALTOIMPERIAL
- 307 **TEMA 14**
LA ECONOMÍA DE LA HISPANIA ROMANA REPUBLICANA Y ALTOIMPERIAL
- 335 **TEMA 15**
EL EJÉRCITO ROMANO EN HISPANIA
- 357 **TEMA 16**
LAS RELIGIONES EN LA HISPANIA ROMANA
- 379 **TEMA 17**
ASPECTOS CULTURALES
- 397 **ANEXOS**
1. ¿CÓMO SE COMENTA UN TEXTO HISTÓRICO?
2. VOCABULARIO ESPECÍFICO
3. BIBLIOGRAFÍA COMENTADA
A) FUENTES CLÁSICAS
B) BIBLIOGRAFÍA GENERAL

Los temas 1, 2, 3, 4, 9, 10, 17 y el anexo 1, han sido realizados por M.^a Ángeles Alonso Alonso. Los temas 5, 6, 7, 8, 11, 12, 13, 14, 15, 16, los Anexos 2 y 3, y la Introducción, por Sabino Perea Yébenes. Ambos autores, naturalmente, se responsabilizan del conjunto de la obra.

LA COLONIZACIÓN FENICIA Y TARTESO

Resumen

Con la llegada y establecimiento de los fenicios en las costas meridionales de la Península Ibérica, se inicia un proceso de transformación del poblamiento y la sociedad indígenas que pone fin a la Prehistoria y da paso a la Protohistoria. Se entiende por Protohistoria a la fase de transición que lleva de la Prehistoria a la Historia, y que está caracterizada por el estudio de sociedades ágrafas o en transición hacia la cultura escrita y que están igualmente en proceso de formar estructuras de gobierno de carácter estatal. En el caso de la Península Ibérica, abarca aproximadamente el I milenio a. C., desde la Edad del Hierro hasta la conquista romana. Entre finales del siglo IX a. C. y el siglo VI a. C., la influencia fenicia estimuló el desarrollo de la población indígena en el Sudoeste hispano, dando lugar a la cultura tartésica.

Contenido

1.1. La colonización fenicia. **1.1.1.** Los fenicios. **1.1.2.** Fases de la colonización fenicia en la Península Ibérica. **1.1.3.** El espacio geográfico de la colonización fenicia. **1.1.4.** *Gadir*. **1.1.5.** Las aportaciones del mundo fenicio al sudoeste peninsular. **1.2.** Tarteso. **1.2.1.** Cronología de la cultura tartésica. **1.2.2.** Espacio geográfico y poblamiento tartésicos. **1.2.3.** La economía de Tarteso. **1.2.4.** Organización social y política. **1.2.5.** La cultura tartésica del valle medio del Guadiana. Cronología básica. Cuestiones de autoevaluación del tema. Bibliografía específica recomendada.

1.1. LA COLONIZACIÓN FENICIA

Con la llegada de los fenicios a las costas meridionales de la Península Ibérica, y el posterior asentamiento estable y fundación de colonias, se inicia un proceso histórico que cambiará por completo el panorama cultural del sudoeste peninsular a partir del Bronce Final. La presencia fenicia fue sin duda un elemento dinamizador, pues el contacto continuo e interacción con la población autóctona promovieron importantes cambios que acabaron por dar forma a culturas con una fuerte personalidad.

1.1.1. Los fenicios

La historia del pueblo fenicio, heredero de la cultura cananea, comienza con la convulsión que sufrió toda la cuenca mediterránea a causa de los denominados «Pueblos del Mar» hacia el 1200 a. C. Aunque este fenómeno produjo profundas modificaciones, e incluso la desaparición de las grandes estructuras del momento, no pareció afectar a la franja costera del actual Líbano, donde las ciudades fenicias comenzaron su mayor desarrollo en el siglo X a. C. Nunca hubo una formación estatal fenicia como tal, sino que se trataba de ciudades-estado independientes entre sí —aunque pudieran realizar puntuales alianzas y pactos— y gobernadas por monarquías hereditarias en las que predominaba un fuerte sentimiento de adscripción y pertenencia. Estas ciudades se encontraban en la costa, en promontorios que permitieran dominar una bahía o en ensenadas donde se ubicaba el puerto (las más importantes eran Tiro, Sidón, Biblos, Arwad, Sarepta y Beirut). Eran, por tanto, lugares privilegiados para la actividad comercial a los que llegaban productos por mar y desde los que se daba salida a los venidos desde el interior por las rutas caravaneras. El fenicio era, en definitiva, un mundo esencialmente urbano y comercial. De hecho, el etnónimo «fenicios» proviene de φοῖνιξ (*phoînix*, «púrpura»), término con que los griegos los denominaban, seguramente por los apreciados tintes de color rojo intenso con los que comerciaban y que, junto con la madera que obtenían de los bosques de cedro, constituían una de sus principales producciones.

A partir de los siglos X y IX a. C., y especialmente en el siglo VIII a. C., los fenicios protagonizan una gran expansión comercial y colonial por las costas mediterráneas y atlánticas, muy probablemente a través de rutas marítimas ya conocidas en el Bronce Final. La motivación fue fundamentalmente económica. Por un lado, muchas de las ciudades fenicias se vieron obligadas a pagar el tributo que impuso **Assurnasirpal II** hacia el año 875 a. C. una vez recuperado el mundo asirio.

Rey de Asiria entre 883 a. C. y 859 a. C.

Por otra parte, los reyes y los círculos aristocráticos fenicios tenían sus propios intereses económicos, destinados a preservar su nivel de vida y a mantener a las ciudades

como los grandes centros del comercio internacional que habían sido antes de la presión asiria. En definitiva, la causa principal de la expansión fue la búsqueda de materias primas, en especial de metales en bruto. En un primer momento, la apertura de rutas comerciales no estuvo orientada a la colonización, sino que se consideraba suficiente el establecimiento de puestos de control. Pero la intensificación de los contactos y el descubrimiento de nuevas fuentes de aprovisionamiento de bienes de interés en los lugares que iban conociendo acarrearón la presencia estable de gentes fenicias para llevar a cabo una negociación permanente en los territorios a los que llegaban. El curso de estas exploraciones se dirigió a Chipre, el Egeo, Creta (donde fundaron *Kitión* hacia mediados del siglo IX a. C., primera colonia fenicia), Malta, Sicilia, las costas del mar Tirreno, Cerdeña, el norte de África (donde fundaron Cartago en 814 a. C.) y el sur y la costa atlántica de la Península Ibérica. La ciudad más importante en esta gran empresa comercial y colonial fue Tiro.

1.1.2. Fases de la colonización fenicia en la Península Ibérica

Los fenicios entraron en contacto con el territorio del sur peninsular y con la población indígena de forma gradual. Por lo general, se acepta que antes de la colonización propiamente dicha hubo una etapa de transición que se denomina «precolonización» y que podemos ubicar en el siglo IX a. C. Se trata de una fase de tanteo y exploración, definida por viajes de reconocimiento y en la que los fenicios sólo tendrían contactos ocasionales con las poblaciones locales. Tales contactos se materializaban en intercambios comerciales caracterizados por lo que se ha venido a denominar «comercio silencioso» o «comercio invisible», un tipo de transacción esporádica que no requería infraestructura (de modo que apenas deja huella en el registro arqueológico) y que se producía en terreno neutral. Gracias a un pasaje de Heródoto relativo a los cartagineses (Hdt. IV, 196, 1-3), podemos imaginar cómo se desarrollaron estos primeros contactos: los comerciantes fenicios depositarían sus productos en una playa cercana a un poblado indígena, a la que acudirían los indígenas para depositar la cantidad de materias de intercambio que consideraran apropiadas como contrapartida; una vez retirados, los fenicios regresarían para evaluar esos productos y, en caso de considerarlos insuficientes, volverían a sus naves a la espera de un incremento por parte indígena, continuando esta dinámica hasta llegar a un acuerdo. De este modo, se establecía el «valor» o «precio» de los productos intercambiados. Se trata, por supuesto, de un comercio desigual, en el que los fenicios aportaban productos de bajo coste en origen a cambio de productos que tendrían un gran valor en el mundo mediterráneo. Un fragmento de uno de los paradoxógrafos griegos, redactado en el siglo III a. C., nos da una idea de los productos que se intercambiaban:

Se dice que los primeros fenicios que navegaron hacia Tarteso obtuvieron en sus intercambios comerciales a cambio de aceite y pacotilla marina una cantidad de plata tal, que ya no pudieron guardarla ni darle cabida [en su barco], sino que se vieron obligados cuando partieron de aquellas regiones a componer de plata todos los utensilios de los que se servían e incluso todas las anclas (Pseudo-Aristóteles, *Relatos Maravillosos*, 135 [147]).

El establecimiento de contactos permanentes es la confirmación en el tiempo de las ventajosas condiciones de intercambio que reconocían los fenicios.

La siguiente fase implicó la creación de un lugar específico para llevar a cabo relaciones comerciales de carácter más continuado. Podría ser suficiente algún tipo de estructura para almacenar los productos y alguna construcción para residencia de quienes se encargaban de realizar los intercambios, en todo caso factorías y no colonias, que tenían un carácter más urbano, aunque poco desarrollado. En estas factorías lo que interesaba era tener la infraestructura suficiente para realizar la transacción y, como mucho, alguna actividad artesanal o de transformación.

El asentamiento estable fenicio en la Península Ibérica, la fase que ya puede denominarse de «colonización», se ubica entre finales del siglo IX y la primera mitad del VI a. C. Se inicia con la fundación de *Gadir*, a la que siguen otros establecimientos a partir del siglo VI-II a. C., primero en la costa meridional y más adelante en la costa atlántica peninsular, consistentes tanto en colonias como simples factorías. A mediados del siglo VII a. C. se consolida esa presencia fenicia en la península, en parte motivada por una eclosión demográfica que algunos autores han vinculado con la llegada de gentes de diferentes áreas del levante mediterráneo que se habrían puesto en movimiento como consecuencia del expansionismo imperialista neosirio (durante los reinados de Asarhadon y Assurbanipal). No sería la actividad comercial lo que habría atraído a este nuevo colectivo fenicio, sino la agresiva política expansionista neosiria. A partir de mediados del siglo VI a. C., varios hechos afectan al desarrollo de esa presencia fenicia, y los establecimientos de tipo factoría tienden a desaparecer o a integrarse en los esquemas del mundo indígena. Tradicionalmente se ha explicado en relación con la caída de Tiro en el año 573 a. C. a manos de Nabucodonosor, pero hoy se considera que la repercusión de esto en la península debió de ser mínima. Hay que tener en cuenta no sólo que a partir de ese momento *Gadir* incrementó su poder y su actividad económica, sino que se detecta un cambio en la estrategia económica y comercial con el surgimiento del dominio cartaginés en la Península Ibérica.

1.1.3. El espacio geográfico de la colonización fenicia

La obtención de metal es lo que empuja a los fenicios a establecerse en la península. En este sentido, fue el cinturón pirítico del SO (en especial las zonas de Riotinto y Aznalcóllar) el que proporcionó metal, sobre todo plata, a los fenicios. Lo mejor para garantizarse un abastecimiento abundante y continuo, y para gestionar con más eficacia esos recursos, era reproducir sus formas organizativas habituales lo más cerca posible de las fuentes de mineral, pero en lugares que permitieran asimismo su fácil salida comercial. También interesaron las zonas de cultivo, pues era necesario abastecer a la población. Por ello, los fenicios se establecieron exclusivamente en la costa. Podemos establecer tres zonas en que se hizo efectiva la presencia fenicia en la Península Ibérica: la costa mediterránea (costa andaluza, levantina e Ibiza), la costa atlántica y Tarteso.

1. Costa mediterránea. Tras la fundación de *Gadir*, que se trata más detenidamente en el siguiente apartado, se multiplicaron los asentamientos fenicios de carácter permanente en la costa que va desde el Estrecho de Gibraltar hasta Almería, todos fundados a partir del siglo VIII a. C. Todos se encuentran al este de *Gadir* y a escasa distancia, por lo que se ven como puntos estratégicos de apoyo a la navegación y control comercial. Se desconoce si estos enclaves surgieron por iniciativa de la propia *Gadir* o si fueron el

fruto del interés de la metrópolis, Tiro, pero sí parece claro que *Gadir* fue un elemento de atracción para esos pequeños centros. De oeste a este, podemos destacar: en Málaga, Cerro del Villar, Malaka, Cerro de Alarcón, Toscanos, Morro de Mezquitilla (necrópolis de Trayamar) y Chorreras; en Granada, Sexi (actual Almuñécar, a la que pertenece la necrópolis de Laurita); y en Almería, Adra y Baria (con la necrópolis de Villaricos). Asimismo, hay que tener en cuenta la presencia fenicia en las costas orientales de la península, contemporánea a la de las costas mediterráneas andaluzas, pero con una concentración menor. En el área del Bajo Segura, debemos destacar La Fonteta (en Guardamar del Segura, Alicante), que se ha relacionado con los pecios del Bajo de la Campana y Mazarrón. Por lo demás, en Sa Caleta, en Ibiza, hay indicios de frecuentación fenicia desde el siglo VIII a. C., y ocupación desde mediados del siglo VII al VI a. C.

2. Costa atlántica. La fundación de enclaves fenicios en la costa atlántica se documenta desde finales del siglo VIII a. C. y tuvo una doble intención: el control territorial de los recursos naturales (principalmente metalúrgicos, con especial atención a las explotaciones de estaño) y la expansión de los conocimientos adquiridos en el sudoeste de la península. Enclaves de esta zona son Castro Marim, Tavira, Abul, Quinta do Almaraz, Olisipo (actual Lisboa) y Santa Olaia, junto al estuario del Mondego, que es el asentamiento más alejado de *Gadir* conocido hasta la fecha. Los fenicios se dirigieron igualmente a las costas africanas. En el área del cabo Espartel, en Tánger, se documenta su presencia desde el siglo VII a. C., y más al sur en Lixus y Mogador (el enclave fenicio más meridional), todos en Marruecos. Otros yacimientos fenicios de la costa norteafricana son Rachgoun y Les Andalouses, cerca de Orán, en Argelia, de los cuales se desconoce si se vinculaban a *Gadir* o a Cartago.

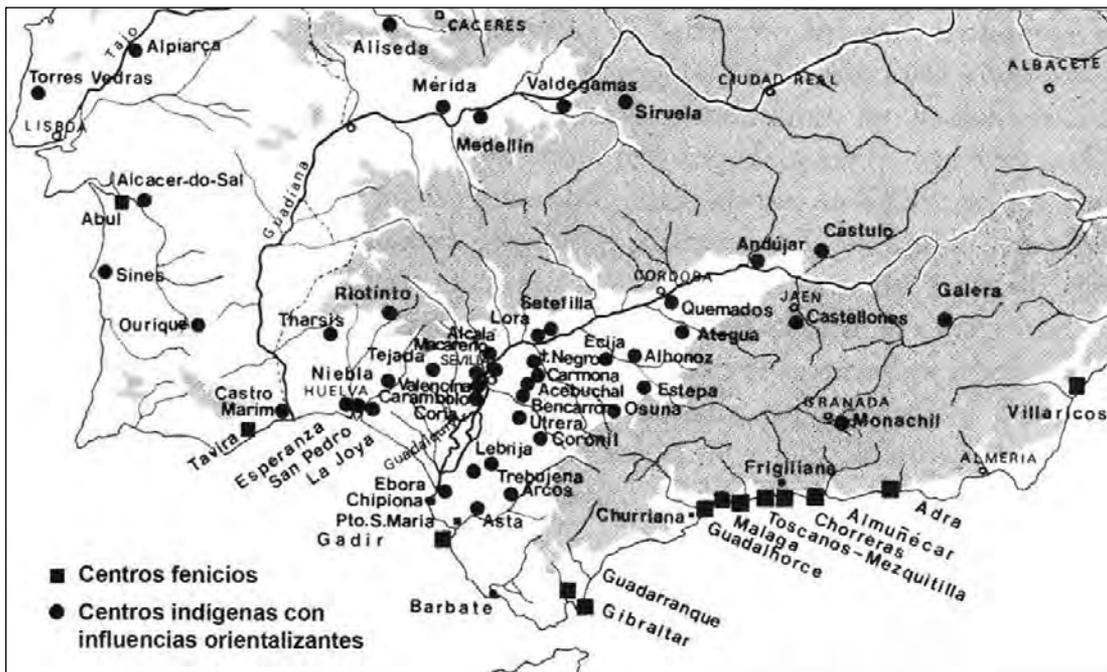


Fig. 1.1. Centros fenicios e indígenas en el sudoeste de la Península Ibérica.

3. Tarteso. De las relaciones entre los fenicios y Tarteso se trata en el apartado 1.2.

Por lo que respecta al tipo de poblamiento, los fenicios fundaron centros de muy diversa índole, desde ciudades (como *Gadir*), caracterizadas por su desarrollo urbano, hasta pequeños asentamientos con proyección muy limitada. La localización de estas factorías y colonias fenicias en la península sigue un patrón bastante homogéneo. Por lo general, se ubicaban en lugares elevados o promontorios costeros (también islas próximas a la costa, como Cádiz, o penínsulas), localizados junto a las desembocaduras de ríos, a ser posible rodeados de zonas llanas y con buenos fondeaderos naturales, bahías y ensenadas. Esto permitía el fondeo de los barcos, garantizaba el control del territorio circundante, el abastecimiento de agua dulce, y permitía la conexión con los territorios del interior. Se trataba, además, de lugares fáciles de proteger. A su vez, la ubicación de los asentamientos sugiere una elección vinculada a la explotación agrícola del entorno, pues se encontraban en lugares protegidos y dominando fértiles tierras de vega. Los fenicios llevaron a cabo la explotación sistemática del territorio: los colonos recibirían lotes de tierra que garantizarían una holgada existencia, como se desprende de la calidad de las viviendas y de los ajuares funerarios. Otras actividades económicas que se llevaban a cabo en estos centros, con diferente incidencia entre unos y otros, era la producción alfarera y actividades marítimas, como como la pesca y la industria del salazón. En algunos se documenta actividad metalúrgica, y en casos puntuales hay indicios de elaboración de púrpura. El excedente agrícola estaría destinado al comercio (en algunos enclaves se han detectado almacenes para contener este excedente), como contrapartida de los productos de importación consumidos por las elites (que se conocen a través de las necrópolis). El puerto sería un centro económico y laboral importante en la estructura del enclave.

Hay que destacar que se produjeron situaciones híbridas, es decir, la construcción de barrios fenicios en asentamientos indígenas y, simultáneamente, la presencia de población indígena en ciudades fenicias (caso del Castillo de Doña Blanca) vinculada a las actividades económicas de la ciudad.

Las necrópolis se solían ubicar al otro lado del cauce del río, no lejos del lugar de ocupación. Los datos que aportan indican que en los núcleos fenicios había un ordenamiento social similar al de las ciudades metropolitanas, con aristocracias que se diferenciaban del resto de la población. Así, en la necrópolis de Trayamar se conocen tumbas consistentes en cámaras hipogeas recubiertas en su interior por sillares. En Laurita se conocen enterramientos que contaban con vasos de alabastro de fabricación egipcia como parte del ajuar. Cabe destacar la necrópolis de Villaricos, donde se han excavado más de 2.000 tumbas.

Por lo demás, en muchos de estos centros, se levantaba un templo como base para futuras transacciones, y es que en todo este proceso colonizador hay que recalcar la importancia del factor religioso y la relevancia del papel económico que tenían los lugares de culto y los templos (como el de Melqart en el caso de *Gadir*), pues se hacía necesario recibir el beneplácito de los dioses en viajes y actividades que implicaban grandes riesgos e incertidumbres.

1.1.4. *Gadir*

Según la tradición que recogen los autores clásicos, la primera colonia fenicia fundada en el extremo occidental del Mediterráneo fue *Gadir*. El historiador Veleyo Patérculo,

haciéndose eco de una leyenda local, sostenía que *Gadir* había sido fundada por habitantes de Tiro hacia el año 1.103 a. C. (Vell. Pat. *Hist. rom.* I, 2, 1-3). Sin embargo, la presencia fenicia en la actual Cádiz sólo se constata arqueológicamente a finales del siglo IX a. C. Hay que decir que la huella fenicia es algo más antigua en el caso de *Onuba* (Huelva), donde se ha excavado un conjunto de cerámicas sardas, griegas e itálicas fechadas en el siglo IX a. C., pero no hay evidencias arqueológicas de un asentamiento colonial. Seguramente, estos restos son testimonio de esos primeros contactos anteriores a la fundación de la primera colonia.

Un texto de Estrabón recoge el testimonio de Posidonio, que pasó una temporada en la ciudad estudiando las mareas. Se trata de un relato sintético que concentra en tres viajes lo que con probabilidad habrían sido diversas exploraciones por las costas peninsulares para prospeccionar las posibilidades económicas del territorio, durante las que se habrían producido contactos y transacciones con la población indígena. Esta fundación implica el deseo de los círculos dirigentes tirios de que una parte de ellos pudiera gestionar desde la colonia la explotación de los recursos. El procedimiento implicaba no sólo el tanteo, sino también el favor de la divinidad: al viaje había precedido un oráculo, y la fundación se llevó a cabo en el lugar en que los sacrificios fueron favorables, después de que no lo habían sido en el lugar donde se ubicó posteriormente Sexi y en una isla frente a la ciudad de Huelva, posiblemente la actual isla de Saltés.



Fig. 1.2. La bahía de Cádiz en el I milenio a. C.

Estudios geomorfológicos han determinado que, hacia el año 1000 a. C., Cádiz era una isla o, más bien, un archipiélago que constaba de tres islas (véase Fig. 1.2): *Erytheia*, donde se localizaba el hábitat; *Kotinoussa*, de mayor tamaño y en cuyo extremo oriental se levantó el templo a Melqart (en la que hoy es la isla de Sancti Petri); y la isla de *Antípolis*, donde hoy se encuentra el municipio de San Fernando.

La posición de Cádiz era ventajosa, en una amplia bahía cerrada por una isla que permitía dos accesos y que enlazaba con el amplio estuario en el que desembocaba entonces el río Guadalete, que daba acceso al territorio interior. Se trata de una zona protegida y apta como puerto, con gran riqueza pesquera y en una región con una gran potencialidad agrícola. Además, se encontraba a buena distancia de centros como *Onuba*

(que interesaba por su riqueza minera, en especial la plata de Riotinto) y del golfo tartésico y otros poblados indígenas, con los que los fenicios iban a interactuar. No obstante, el primer emplazamiento de la ciudad no se situó en la actual Cádiz, sino en el yacimiento de Castillo de Doña Blanca, ubicado en la cabecera de la bahía, junto al antiguo estuario del río Guadalete y que en la Antigüedad se encontraba en la costa. Allí se fundó *Gadir* en el último cuarto del siglo IX a. C., alcanzando las 7 Ha a mediados del siglo VIII a. C., cuando estaba rodeada por una muralla y contaba con unas 500 viviendas (aproximadamente, 2.000-2.500 habitantes). En este yacimiento se ha encontrado material de origen oriental, además de escorias de plata, plomo y litargirio, lo que pone de manifiesto el contacto con los distritos mineros del área onubense. Los niveles más antiguos en la actual Cádiz (en la zona del casco antiguo) se fechan en el siglo VIII a. C., con una ocupación de cierta intensidad entre la segunda mitad y finales del siglo VII a. C.

El relato de Estrabón hace referencia al santuario de Melqart, posiblemente ubicado en la actual isla de Sancti Petri. Melqart era el dios protector de la ciudad de Tiro, y la práctica de sacrificios, así como la fundación del santuario, indican que en las expediciones viajaban sacerdotes de Melqart capaces de interpretar los signos de la divinidad. El templo se convirtió en el centro económico regulador de los intercambios. En la ciudad hubo otras dos áreas de culto: el santuario de Astarté en Punta del Nao, y el de Bal-Cronos en la isla de San Sebastián. Asimismo, se diferencian áreas residenciales (con diferencia entre zonas de habitación y otras destinadas a actividades artesanales) y de necrópolis, incluyendo tumbas de personajes relevantes, como los famosos sarcófagos antropomorfos que se conservan en el Museo de Cádiz, que son muestra de una sociedad enriquecida por el comercio y de la presencia de una aristocracia local. Por lo demás, en Puerto Real se encontraba la zona portuaria.

[Texto relacionado]

La fundación de *Gadir*

Acerca de la fundación de Gadir recuerdan los gaditanos cierto oráculo que según ellos les fue dado a los tirios ordenándoles enviar una colonia a las Columnas de Hércules; los que fueron enviados para inspeccionar, cuando estuvieron en las proximidades del Estrecho de Calpe, creyendo que los promontorios que forman el Estrecho eran los límites de la tierra habitada y de la expedición de Hércules y que constituían lo que el oráculo había designado con el nombre de Columnas se detuvieron en un lugar del lado de acá del Estrecho, donde se encuentra ahora la ciudad de los saxitanos; y como quiera que, realizando un sacrificio allí no les resultaran favorables las víctimas, se volvieron. Un tiempo después, los enviados avanzaron unos mil quinientos estadios más allá del Estrecho hasta una isla consagrada a Hércules situada junto a la ciudad de Onoba de Iberia, y creyendo que estaban allí las Columnas hicieron un sacrificio al dios, pero como las víctimas volvieron a resultar desfavorables, regresaron a la patria. Los que llegaron en la tercera expedición fundaron Gadir y levantaron el templo en la parte oriental de la isla y la ciudad en la parte occidental. Por esto creen unos que las Columnas son los promontorios del Estrecho, otros que Gadir, y otros que están situadas aún más allá de Gadir.

Estrabón, *Geografía* III, 5, 5 (trad. F. J. Gómez Espelosín)

1.1.5. Las aportaciones del mundo fenicio al sudoeste peninsular

Los fenicios introdujeron en el sur y suroeste peninsular nuevos elementos que dinamizaron el desarrollo cultural de las poblaciones indígenas en multitud de ámbitos y que fueron un estímulo fundamental para el desarrollo de estas sociedades. Pasamos a numerar estas aportaciones que nos ayudarán a entender el impacto de la presencia fenicia en la Península Ibérica.

- Producción minero-metalúrgica. En general, puede afirmarse que el hierro fue introducido por los fenicios en la península. Es probable que en un primer momento fuera traído ya elaborado para su comercio, y que posteriormente se fueran incorporando las nuevas técnicas al repertorio indígena. Aportaron también una tecnología metalúrgica más sofisticada, como técnicas de explotación más eficientes que mejoraron los métodos extractivos, o las técnicas de refinado y la copelación, que facilitaron la comercialización de la plata.
- Producción cerámica. Introdujeron el torno de alfarero, lo que implicó que se pudiera pasar a una producción industrial. Además, llegaron nuevas formas en la cerámica, como ánforas «de saco», lucernas, etc., o técnicas, como el engobe rojo.
- Agricultura. Se introdujo el cultivo sistemático de dos especies fundamentales, como son la vid (los fenicios introdujeron la variedad *vitis vinifera*, aunque la *vitis silvestris* era conocida en la península desde el Calcolítico) y el olivo, así como algunas leguminosas. Además, llevaron a cabo una explotación sistemática del esparto, que era esencial para fabricar sogas y cordeles destinados a la navegación. También trajeron consigo técnicas agrícolas orientales, mucho más eficientes, y útiles como el arado de cama curva, o instrumental para talar, que hacían el trabajo más eficiente.
- Ganadería. Se introdujeron nuevas especies animales, como la gallina y los asnos.
- Pesca. Se desarrollaron nuevas artes de pesca, como las almadrabas o cercos de redes fijas, situadas para aprovechar el reflujó de la marea y capturar bancos de atunes. Las grandes capturas, junto con el desarrollo de la alfarería y la explotación de las salinas, traerán consigo las factorías conserveras (de salazones).
- Urbanismo y arquitectura. Los fenicios aportaron la planta rectangular de las casas, lo que no sólo permitía construir edificios con planos complejos, sino también que las casas pudieran unirse y se proyectaran calles. Introdujeron igualmente materiales constructivos, como el mármol, la pizarra, el basalto, piedra pómez, arcillas y la cal, con los que se inauguraron nuevas técnicas constructivas, como el encalado o la construcción con adobes.
- Industria de la púrpura. Este codiciado y costoso tinte que se realizaba a partir de varias clases de moluscos de la familia del *murex* fue elaborado también en la Península Ibérica. Se han documentado grandes cantidades de conchas apiladas en los alrededores del yacimiento de Toscanos (Málaga), donde se cree que pudo localizarse un taller dedicado a su producción.
- Desarrollo de circuitos comerciales, tanto en la zona costera como en la interior (el precedente de la Vía de la Plata). Las relaciones comerciales supusieron un

incentivo para la producción indígena, que debía satisfacer las demandas de metales preciosos del comercio mediterráneo, al tiempo que los fenicios mantenían un intercambio de bienes con los indígenas (a los que proveían de cerámica, conservas, objetos de prestigio, etc.).

- Orfebrería. Introdujeron técnicas de orfebrería y motivos decorativos en bronce.
- A los fenicios se debe también la introducción del alfabeto.

Desde la fundación de *Gadir*, y con el emplazamiento de los siguientes enclaves, el mantenimiento y duración de los contactos entre indígenas y fenicios llevaron a que, lo que en principio comenzó como un contacto esporádico de carácter comercial, se convirtiera en un sistema de control territorial que acabó irradiando su influencia a las tierras del interior, dinamizando a la población autóctona y dando lugar a la cultura tartésica.

1.2. TARTESO

Los primeros en hablar de Tarteso fueron los griegos, que lo ubicaban en el extremo occidental del mundo (algo que sin duda debía dotarlo de un valor simbólico especial) y en donde escenificaron algunos de sus mitos. Como consecuencia de ello, todo lo que tiene que ver con Tarteso se ha tratado tradicionalmente de un modo legendario, pero la cultura tartésica es una realidad histórica. La primera referencia al topónimo Tarteso como tal la realiza Heródoto en relación con el viaje de Coleo de Samos (Hdt. IV, 152; véase tema 2), que se ubica en el siglo VII a. C. Este mismo autor menciona a un rey de este lugar, Argantonio, que es sin embargo un personaje de leyenda (Hdt. I, 163). La más completa referencia se la debemos a Rufo Festo Avieno (*Ora Maritima*, 225-315), la cual, a pesar de sus errores, se usó en los primeros años de la investigación sobre Tarteso, más centrada en aspectos filológicos, para buscar lo que se consideraba que era una ciudad o un reino. A partir de los años 60 del siglo XX, los estudios sobre Tarteso se desarrollaron en un estricto plano arqueológico, lo que ha permitido dar luz a la cuestión.

Gracias a los avances en la investigación, y aunque aún no haya unanimidad sobre muchas cuestiones, hoy es posible definir esta cultura con mayor precisión. Tarteso es una cultura de raíz atlántica que se originó y desarrolló en el cuadrante suroeste de la Península Ibérica como resultado de la interacción y confluencia entre la población indígena y los fenicios, quienes crearon una corriente orientalizante en las formas de vida de estas comunidades. En palabras de Sebastián Celestino, Tarteso es un término de compromiso que, aunque responda a un mito, nos sirve para definir un periodo cultural.

1.2.1. Cronología de la cultura tartésica

La cultura tartésica se desarrolló en tres fases:

1. «Precolonización», que algunos autores denominan «Bronce Final Tartésico» (siglos XII-IX a. C.). Se trata de una fase de concreción y consolidación en la que se define la raíz indígena que en la siguiente etapa recibe la influencia oriental. Esta fase se caracteri-

za por la presencia de materiales orientales junto con elementos que ponen en evidencia la adscripción de la zona al Bronce Final Atlántico. Un buen ejemplo lo ofrece la ciudad de Huelva, donde se halló un conjunto de cerámicas de origen oriental fechado entre los años 900-770 a. C. (geométricas griegas, jarros chipriotas, vasos sardos, jarros, platos y ánforas fenicios), en un momento en que era mayoritaria la cerámica indígena realizada a mano. Asimismo, en torno al siglo X a. C. (entre la segunda mitad del siglo XI y el IX a. C.) se fecha el depósito de la Ría de Huelva, un conjunto de más de 400 piezas de bronce y una de hierro, en mayor parte armas (en torno al 80% del conjunto, destacando espadas y puntas de lanza), así como objetos asociados a la vestimenta (fíbulas y broches de cinturón) y útiles diversos que vinculan la zona con el comercio del Bronce Final Atlántico.

Se trata de una época oscura, caracterizada por la ausencia de poblados, pero en la que se constata que hay una actividad minera previa a la llegada de los fenicios. La aparición de depósitos de armas de forma descontextualizada, unido a una de las expresiones más singulares de este periodo, como son las «estelas de guerrero tartésicas» o «estelas decoradas del sudoeste», ha llevado a pensar en sociedades seminómadas basadas principalmente en la explotación ganadera y organizadas en jefaturas en las que la figura del guerrero tendría un rol importante, pues sería necesario defenderse de las razias para robar ganado, así como para controlar las vías de comunicación y vigilar los medios de producción (como la minería).

2. «Cultura tartésica», lo que tradicionalmente se ha denominado como «Orientalizante» (siglos VIII – primera mitad del siglo VI a. C.). Se inicia con la llegada de los fenicios y evoluciona paulatinamente a medida que crece el grado de interacción. Al principio, apenas se perciben los rasgos que caracterizan a la cultura tartésica y que se observan con fuerza en el siglo VII a. C., cuando se documentan en los núcleos indígenas las primeras estructuras urbanas con las innovaciones y diseños arquitectónicos de clara filiación oriental, al tiempo que la forma de vida sedentaria impulsa una agricultura intensiva, la creación de nuevos núcleos de población y la generalización de un nuevo ritual funerario.

Hacia mediados del siglo VI a. C. se produce el final de la cultura tartésica y en el bajo Guadalquivir se abre una etapa en la que domina lo turdetano. El final de Tarteso se ha establecido en torno al año 535 a. C., coincidiendo con la batalla de Alalía, que enfrentó a cartagineses y etruscos contra griegos por el control comercial del Mediterráneo. Según esta tesis, Cartago habría terminado con Tarteso para apropiarse de la plata peninsular. Algunos investigadores abogaban por invasiones célticas de la Meseta como la causa principal de la crisis, mientras que para otros habría sido consecuencia del progresivo abandono que sufrieron las colonias fenicias de la costa levantina a raíz de la caída de Tiro, en el siglo VI a. C., coincidiendo con la nueva estrategia comercial griega y la reacción de Cartago ante la amenaza que supondría el control del estrecho por parte de los griegos. Se ha hablado también de una crisis en el sector agropecuario, lo que podría justificar la ocupación de las tierras del interior, así como de un agotamiento de los filones de mineral y fin de la explotación minera. Asimismo, estudios geomorfológicos han detectado actividad sísmica en el siglo VI a. C., de modo que pudieron producirse terremotos que causaran tsunamis, con la consecuente destrucción de puertos y crisis económica. Muy posiblemente, la crisis se debió a una suma de todos o varios de estos factores. Sea como fuere, lo que sí es evidente es que en muchos de los yacimien-

tos del valle del Guadalquivir y de la provincia de Huelva se manifiesta un momento de decadencia y abandono a partir de mediados del siglo VI a. C.

3. «Auge de la periferia» (mediados del siglo VI a. C. – siglo IV a. C.). En la época en que se produce el colapso de Tarteso, la esencia de la cultura tartésica se proyecta hacia el interior, hacia las tierras medias del río Guadiana, zona que a partir del siglo VI a. C. es testigo de un fuerte crecimiento demográfico y vive un desarrollo propio.



Fig. 1.3. El núcleo tartésico.



Fig. 1.4. Área nuclear de Tarteso y área de influencia.

1.2.2. Espacio geográfico y poblamiento tartésicos

El espacio que guarda una relativa homogeneidad cultural entre los siglos IX y VI a. C., y que podemos denominar territorio de Tarteso, se extiende por la costa que va desde la desembocadura del Guadiana hasta el Estrecho de Gibraltar; el límite septentrional está marcado por Sierra Morena, prolongándose a través de la meseta de Los Pedroches, que une las cuencas del Guadiana y del Guadalquivir, hacia la comarca de la Serena extremeña. La depresión del Guadalquivir se convertirá en el eje principal de comunicación hacia el interior; además de ser una zona especialmente apreciada por la calidad y fertilidad de sus suelos.

Dentro de este espacio geográfico, debemos diferenciar el núcleo tartésico y la periferia de Tarteso. El **núcleo tartésico** es el espacio primigenio de esta cultura y ocupa la costa suroccidental de la Península Ibérica entre los ríos Guadiana y Guadalete (*grosso modo*, el territorio de las actuales provincias de Huelva, Sevilla y Cádiz). Esta zona vive un rápido desarrollo desde el siglo VIII a. C. Hay que tener en cuenta que el paisaje aquí se ha modificado mucho, sobre todo en la desembocadura del Guadalquivir, donde las aportaciones sedimentarias de los últimos tres mil años han hecho ganar una enorme extensión de terreno, que hoy está protagonizado por la marisma. Sin embargo, en época tartésica la desembocadura del río Guadalquivir estaría muy cerca de Sevilla, concretamente a la altura de Coria del Río (a casi 100 km de la actual desembocadura), donde el río formaba un estuario al desaguar en una albufera que las fuentes clásicas denominan *Lacus Ligustinus* y hoy se denomina golfo tartésico. La boca del estuario se extendía desde Matalascañas hasta Sanlúcar de Barrameda.

En el núcleo tartésico se diferencian tres focos de asentamiento principales: Huelva, el interior del Guadalquivir y el área en torno a Cádiz.

Zona de Huelva. La capital fue uno de los centros tartésicos más importantes, con ocupación anterior a la llegada de los fenicios. El mencionado depósito de la ría de Huelva pone de manifiesto su relevancia como centro de intercambio comercial entre el Atlántico y el Mediterráneo durante el Bronce Final, lo que sin duda atraería el interés de los fenicios. Huelva se encuentra en una posición muy ventajosa, junto a la desembocadura de los ríos Tinto y Odiel y frente a un amplio golfo en el que se encontraba la isla de Saltés, lo que le permitió tener un puerto para centralizar la salida de los productos del interior, especialmente los derivados de la explotación minera de las zonas más septentrionales. La topografía de la zona está caracterizada por las elevaciones o «Cabezos», que nunca sobrepasan los 60 m de altura y que son óptimos para establecer zonas de hábitat (como se observa en el cabezo de San Pedro). En la parte baja de la ciudad se han documentado áreas de viviendas, almacenes y santuarios que indican que hubo aquí un importante *emporio* visitado por diferentes poblaciones del Mediterráneo, algo que se refleja también en su necrópolis más importante, La Joya. La adopción de técnicas constructivas orientales se aprecia a partir de la primera mitad del siglo VIII a. C.

La gran riqueza de la zona radicaba en la explotación metalúrgica, concretamente en explotación de plata. En este sentido, destacan las minas de Río Tinto y Tharsis al norte de la provincia de Huelva. Dentro del territorio controlado por Huelva, y claramente vinculados con la actividad minera, hemos de mencionar los asentamientos de Niebla, San Bartolomé de Almonte y Tejada la Vieja. Los bosques de encinas y alcornoques proporcionaron el combustible necesario para fundir el material obtenido en las numerosas explotaciones mineras de la zona, pero la ausencia de suelos fértiles debió de causar la rápida e intensa colonización de las vegas del Guadalquivir.

Desembocadura del Guadalquivir. Hacia finales del siglo VIII a. C., la mayor densidad de población tartésica se concentraba ya en la desembocadura del Guadalquivir, en los Alcores y el Aljarafe (al sur de la provincia de Sevilla), una región que destaca por la fertilidad de sus tierras. El centro más importante era *Spal*, cuyo interés radicaba en ser el punto más al interior al que podía accederse en barco. Frente a él, al otro lado del río, se alzaba su santuario, El Carambolo (mediados del siglo VIII-siglo VI a. C.), consagrado a los dioses Baal y Astarté y al que pertenece el famoso Tesoro de El Carambolo, hallado en 1958. Característica de este yacimiento es la cerámica tipo Carambolo decorada con motivos geométricos de pintura rojiza sobre una superficie bruñida o **engobada** que se difunde en todo el territorio tartésico. Otros asentamientos de la zona son: Carmona, con restos constructivos de planta rectangular; Montemolín, Vico, Mesa de Setefilla (del que se conoce mejor su necrópolis), Coria del Río (donde se ha individualizado un santuario que contaba con un altar en forma de piel de toro extendida que lo relaciona con el culto al dios Baal) y Cerro Macareno.

El engobe es, según la RAE, «la pasta de arcilla que se aplica a los objetos de barro antes de cocerlos, para darles una superficie lisa y vidriada».

El área en torno a Cádiz. Los datos acerca del poblamiento tartésico no son abundantes en esta zona. Los yacimientos más importantes son la necrópolis de las Cumbres, al norte del yacimiento fenicio del Castillo de Doña Blanca, y sobre todo Mesas de Asta (Jerez de la Frontera), próximo al estuario del río Guadalete, en la margen izquierda del Golfo Tartésico. Este enclave tuvo una gran importancia estratégica por su ubicación, que le permitía controlar la actividad costera y la desarrollada en tierras del interior, y también

por la importancia de los restos materiales recuperados, con cerámicas de tradición local y productos fenicios.

La **periferia tartésica** es el área de influencia de Tarteso, que comprende las zonas del interior, las cuales no se integran en el sistema cultural tartésico hasta la cristalización de éste en las tierras del Bajo Guadalquivir, hacia finales del siglo VII a. C. A partir de este momento, se perciben ciertas influencias de la colonización oriental a través de manifestaciones materiales muy puntuales que llegan a la cuenca media del Guadiana por el pasillo natural que une este río con el Guadalquivir a través de la provincia de Córdoba, erigiéndose Medellín como centro aglutinador y distribuidor de este amplio territorio. A partir de mediados del siglo VII a. C., comunidades tartésicas se asientan junto a las fértiles tierras del Guadiana, ocupando también buena parte de la Baja Extremadura y la zona más occidental de la Meseta sur. Se trata de poblados situados en llano, que tienen interés en explotar recursos agrícolas, carentes de defensas, y aplican técnicas arquitectónicas siguiendo los modelos de Tarteso. La influencia llega al valle medio del Tajo, con manifestaciones tartésicas desde finales del siglo VII o principios del VI a. C. y donde los lugares más significativos son Aliseda, Talavera la Vieja, Torrejón de Abajo o Cerro de la Mesa. El corredor formado por Los Pedroches (Córdoba) comunicaba con el valle de La Serena (Badajoz) que, a su vez, y a través de los ríos Zújar y Guadiana, ponía en contacto el núcleo tartésico con su periferia cultural. Ésta parece haber sido la vía de comunicación más importante de la época, por donde circularían productos y personas que dinamizaron y transformaron las economías y aceleraron los procesos sociales hasta el cambio cultural. Es a partir de mediados del siglo VI a. C., coincidiendo con la crisis del núcleo tartésico, cuando la periferia alcanzó su máximo desarrollo económico y cultural.

Por lo que se refiere al poblamiento, los asentamientos de época tartésica se ceñían principalmente a la línea de costa y a las riberas del Guadalquivir, interesantes para la explotación agropecuaria. En momentos previos a la colonización encontramos escasos poblados de pequeño tamaño ubicados en elevaciones suaves y carentes de murallas, en torno a cabañas redondas u ovaladas levantadas con materiales perecederos, tal vez debido al carácter itinerante de la sociedad. A partir del siglo VIII a. C., se aprecia un aumento de la población en Tarteso, que se traduce en un rápido crecimiento de los poblados indígenas y que no puede desvincularse del desarrollo de la explotación metalúrgica, la explotación agrícola, el aprovechamiento de los recursos pesqueros y la estabulación de la ganadería. Estos poblados se hacen más complejos al adoptarse en ellos un nuevo patrón urbano oriental que permite racionalizar los espacios. Destaca la construcción de murallas, que no sólo protegían los poblados, sino que servían para adquirir el estatus de ciudad al modo mediterráneo. Se pasa de la cabaña redonda u ovalada, característica del Bronce Final, a la adopción de estructuras cuadrangulares que permitían gestionar de mejor manera el espacio al poder adosar unos edificios a otros; esto facilitaba el trazado y posterior pavimentado de las vías principales en los núcleos urbanos, así como la construcción de estructuras de desagüe y otras obras de infraestructura imprescindibles para el buen funcionamiento y mantenimiento de los poblados. Se realizan también edificios de mayor envergadura técnica, con la única finalidad de asentar los mecanismos de poder, como los santuarios, en los que elementos como los altares con forma de piel de toro extendida o los pavimentos de conchas a la entrada marcan la ideología de las elites indígenas.

[Texto relacionado]

El territorio de Tarteso

El país tartesio confina con éstos [el pueblo de los cinetes] y el río Tarteso baña la comarca. Acto seguido se extiende el macizo consagrado al Céfiro, por lo que la cumbre de este peñón ha sido llamada Cefíride. Pero en lo referente a sus altos picachos, se yerguen en la cima de su cresta; una gran mole se encarama en los aires y una bruma, como remansada por encima, esconde permanentemente su cabeza nebuloso. [...] Aquí se encuentran las amplias costas del golfo tartesio y desde el río Ana, ya nombrado, hasta estos territorios las naves tienen un día de trayecto. Aquí se halla la ciudadela de Gadir, ya que en la lengua de los cartagineses se llamaba Gadir a un lugar vallado. Esta misma ciudad fue denominada primero Tarteso, ciudad importante y rica en tiempos remotos; ahora pobre; ahora, empedeñada; ahora, arrumbada; ahora, en fin, un simple campo de ruinas. Nosotros en estos parajes, excepto las ceremonias en honor de Hércules, no vimos nada digno de admiración. En cambio, tuvo tal poderío, incluso tal prestigio en épocas pasadas, si damos crédito a la historia, que un rey altanero, y el más poderoso de todos los que a la sazón tenía el pueblo maurusio, muy estimado por el emperador Octaviano, Juba, entregado siempre al estudio de las letras y alejado por el mar que tenía en medio, se consideraba muy distinguido con el honor del duunvirato en su ciudad.

Pero el río Tarteso [el Guadalquivir], fluyendo desde el lago Ligustino, a campo traviesa, envuelve una isla de pleno con el curso de sus aguas. No corre adelante por un cauce único, ni es uno solo en surcar el territorio que se le ofrece al paso, pues, de hecho, por la zona en que rompe la luz del alba, se echa a las campiñas por tres cauces; en dos ocasiones, y también por dos tramos, baña el sector meridional de la ciudad.

Avieno, *Ora Maritima*, 225-230; 265-290

1.2.3. La economía de Tarteso

Desde el punto de vista de sus posibilidades económicas, Tarteso se encontraba en un lugar privilegiado. A su riqueza minera (los filones de piritas con oro, plata y cobre de Riotinto y Sierra Morena), hay que sumar los recursos marinos de la costa y las fértiles tierras bañadas por el Guadalquivir y los llanos de Huelva que hacían posible la explotación agrícola y ganadera. Se encontraba, además, en una posición estratégica que le permitió jugar un papel fundamental en el tránsito comercial entre el Atlántico y el Mediterráneo, y que le daba también fácil acceso a las tierras del interior gracias a los ríos. Como principales sectores de la actividad económica en Tarteso hemos de destacar la minería y la metalurgia, el comercio, la agricultura y la ganadería, la actividad artesanal y la industria de las salazones.

Las actividades motoras de la economía tartésica fueron, en efecto, la **minería** y la **metalurgia**. Las zonas mineras más importantes fueron Riotinto y Aznalcóllar, a los que se asociaron algunos poblados mineros, como Cerro Salomón y Quebrantahuesos en el

caso de la primera, y Tejada la Vieja y San Bartolomé del Almonte en el caso de la segunda. En estas minas se extraía principalmente plata, y también cobre, mientras que se abastecerían del estaño del interior peninsular para elaborar sus armas y otros objetos de bronce.

En los poblados mineros tartésicos, por lo general muy pobres, pervivió la producción doméstica, con una especialización artesanal muy localizada y una organización simple del trabajo en la que el tratamiento del mineral se daba en el interior de las mismas viviendas (se han hallado gran cantidad de útiles relacionados con la extracción minera y la industria metalúrgica en los lugares de habitación). En estos poblados se documentan también hornos, toberas, escorias, etc. Tejada la Vieja fue el gran poblado minero de la zona, que funcionó como centro de almacenamiento y redistribución del metal procedente de Aznalcóllar. Era un poblado fortificado, estructurado en una trama urbana con calles y cerrado por una muralla levantada mediante técnicas constructivas orientales, lo que indica que los fenicios intervinieron activamente en los centros encargados de la distribución del metal (pues les interesaba que el metal llegara en buenas condiciones a los principales puertos encargados de su exportación). La actividad metalúrgica pone de manifiesto, como ninguna otra, cómo la relación de intereses entre indígenas y fenicios era mutua: mientras que los indígenas controlaban los centros de producción de la plata, también necesitaban plomo y de la práctica de la copelación para extraerla, así como de la fusión, técnicas controladas por los fenicios. Sin duda, el proceso de extracción y la producción mejoraron gracias a las innovaciones técnicas introducidas por los colonizadores orientales.

La actividad minero-metalúrgica está estrechamente relacionada con el **comercio**, pues la primera sería inútil si no existiera una estrategia para exportar el producto. Eran las jefaturas indígenas las que se encargaban de la explotación de las minas y organizaban el transporte a los puertos costeros del Atlántico, donde los fenicios se encargaban de su exportación. Junto a la plata y otros metales, los indígenas podían ofrecer productos agrícolas (hay evidencias en algunos poblados de la existencia de almacenes para guardar excedentes agropecuarios), pieles, carne o lana, a cambio de lo cual recibían manufacturas y artículos de lujo procedentes del Mediterráneo oriental o fabricados en las colonias occidentales (joyas, cerámicas finas, objetos de marfil, perfumes, etc.). Junto a las rutas marítimas, controladas por los fenicios, hay que mencionar el comercio por vía terrestre y fluvial que llevaba hacia las tierras del interior.

A pesar de la importancia de la minería, la economía del suroeste peninsular se basaba en la **agricultura** y la **ganadería**. De hecho, la mitología sobre el origen de Tarteso hace hincapié en la importancia de la introducción de la agricultura como paso previo a la civilización (Justino, *Epítome*, 44, 4, 1-15). La actividad agropecuaria se vio estimulada por el aumento de la población y la mayor demanda de productos para el abastecimiento básico. Se aprovecharon para ello las tierras fértiles que se extendían por la vega de los ríos, especialmente las riberas del Guadalquivir y la región de los Alcores, muy aptas para la agricultura y el pasto, y que desde el siglo VIII a. C. vieron aumentar el número de poblados. Este estímulo vino también por la introducción de medios tecnológicos fenicios que hicieron posible una agricultura más intensiva. Además, la dieta se diversificó gracias a la introducción de leguminosas y nuevas variedades de cereales, frutícolas y hortícolas, así

como de cultivos de gran incidencia económica para la región como la vid y el olivo. Aunque desconocemos las formas de propiedad de la tierra y de su explotación, se considera que el éxito de la ocupación de las tierras agrícolas propició el nacimiento del Estado en Tarteso, seguramente inspirado en la estructura llevada por los fenicios.

La multiplicación de los asentamientos destinados a las actividades agrícolas propició la estabulación ganadera, lo que supuso un sensible aumento de la productividad y la introducción de nuevas especies hasta entonces menos valoradas, o incluso desconocidas como es el caso de la gallina y el burro. Aumentó la explotación de cabras y ovejas, así como del empleo del cerdo en la alimentación. Parece claro que en los poblados de la zona costera la dieta se complementara, o incluso estuviera protagonizada, por la pesca, y en los poblados del interior, la caza debió de desempeñar un papel fundamental.

Pesca y salazones. Cobró especial relevancia la explotación, producción y comercialización de la sal marina, y junto con la de los recursos marinos (especialmente atún, bonito y corvina) también de la industria de la salazón, que llegó a ser uno de los sectores más pujantes de la economía tartésica, si bien en los momentos finales. Es posible que el auge de la industria de las salazones que se documenta en época púnica sea la continuación de la desarrollada en época tartésica, difícil de detectar al encontrarse hoy los antiguos puertos en zonas del interior.

Artesanía. Por lo que respecta a la alfarería, la introducción del torno de alfarero hizo posible un aumento de la producción cerámica, en la que se fundieron temas y tipos orientales e indígenas. Se realizaron recipientes para la comercialización de los produc-



Fig. 1.5. Jarro piriforme tartésico de bronce. Museo Lázaro Galdiano, Madrid.



Fig. 1.6. Aplique de bronce de inspiración fenicia y egipcia, encontrado en el área tartésica de la P. Ibérica, denominado «Bronze Carriazo», por su descubridor. Museo Arqueológico de Sevilla. Representa a una divinidad femenina, Astarté o equivalente. Datado hacia el 600 a. C.